

## LA ÚLTIMA MÚSICA

En mi pueblo, en la cercana ciudad, en la capital de mi país, y posteriormente en todo el mundo, según me fui enterando por los familiares y amigos, la prensa, por la televisión, por el Internet, la tristeza fue invadiendo todo. Empezó con esa sensación de tener algo pero no saber bien a bien de que se trata, un malestar interno, unas ganas de no hacer nada, de no salir, de quedarse en la cama. Poco tiempo después se agregó las ganas de llorar, llorar por cualquier cosa, porque se fue la luz, porque no llegó a tiempo el periódico, porque se nos hizo insípida la comida de ese día. Pero había que trabajar. En los medios de transporte, que son los que yo uso, ya que trabajo en la capital, la gente tenía la cabeza gacha, el gesto duro. Muchas mujeres y algún hombre sacaban de sus bolsas pañuelos, pañuelos de papel desechables o algo parecido a eso para limpiarse las lágrimas. Nadie hablaba. En el trabajo todos cumplían pero con un gran desgano, como cuando empieza la quincena y está muy lejos el día de pago. Sin notarlo la gente dejó de usar colores amarillos, rojos, azul claro, verde brillante para usar colores grises, azul oscuro, cafés. A las ocho de la noche ya la ciudad estaba vacía, nadie acudía a los cines, a los restaurantes y menos aún a los otros centros de diversión como son los bares, los salones de fiesta. Varias agencias de viajes quebraron pues la gente que había reservado para cruceros, viajes a Europa, tours alrededor del mundo y simplemente a destinos de playa cancelaron sus paseos pues ya no tenían el menor deseo de hacerlos. Muchos matrimonios se terminaron en esa época, la tristeza fue la gota de agua que terminó por deshacerlos. Bajó bruscamente la natalidad pues el sexo ya no producía prácticamente ningún placer a los que lo hacían. Sencillamente ya no había placeres. Cuando el mundo tomó

conciencia de lo que sucedía, pues antes pensaban que era algo personal, empezaron a buscar la causa. Lo primero que pensaron fue en algún nuevo virus, no cibernético, sino real, que atacara a todo el mundo. Hicieron miles de exámenes y no encontraron nada. Otra explicación fue achacar lo que sucedía a la contaminación ambiental, a la entrada cada vez mayor de rayos infrarrojos por el agujero en la atmósfera. Pero vieron que esto también sucedía en regiones muy lejanas que no tenían este fenómeno. ¿Podría ser una crisis financiera, un tomar conciencia de la violencia en que han caído los gobiernos y las personas o la proliferación de sectas religiosas? ¿Será el fin del mundo? Científicos e investigadores de todos lados dejaron cualquier otra actividad para dedicarse de lleno a buscar las causas de la tristeza. Nada encontraban. Y aunque sea difícil de creer fue un niño el que dio la clave. No queda duda que la inocencia es muchas veces lo más valioso que existe. Este niño al preguntarle en su escuela el por qué estaba triste, por qué lloraba tanto contestó que porque no tenía música. Y sí, eso era. La música había desaparecido del mundo. La causa no se conocía pero el hecho era que ya no producían ningún sonido los violines, guitarras, tambores. Tampoco transmitían los radios, los tocadiscos, las cintas, los mp3, los I pods. Cuando llegó la noticia al mundo todos fueron a buscar sus instrumentos para tocarlos e iniciar otra vez la música. Sacaron castañuelas, güiros, órganos, clavicémbalos, acordeones, flautas, trompetas, contrabajos, pianos, pianolas, cajitas de música y hasta silbatos. Y nada. No se escuchaba nada. Los y las cantantes trataron de deleitar a los demás con operas, zarzuelas, boleros, tangos, blues, cante hondo y tampoco nada. No salían sonidos musicales de las gargantas. Ahora ya concientes del problema la tristeza se hizo mayor todavía, si es que esto era posible. Ahora se lloraba en la calle solitariamente o en grupos. Todos tenían mojados los párpados. Todos, el cien por ciento de la

población mundial. Sólo uno, que por ser el único no modificaba el porcentaje. De miles de millones uno solo no cuenta. Ese solo, llamado Érbel, era feliz. Por todo reía, en la calle bailaba, besaba a cuantos se le acercaban. Al preguntarle porqué era feliz él no sabía contestar, solamente volvía a reír y a bailar. Le hicieron pruebas al tomarlo como rehén para saber científicamente el origen de su alegría. No encontraron nada distinto a los demás: Sus glóbulos rojos eran los mismos, el colesterol lo tenía ligeramente elevado pues le gustaba mucho comer mariscos, su tensión arterial era de 120-80, su glucosa andaba en los 85. Las radiografías no mostraron nada anormal en el pecho, en el vientre, en los huesos de la cabeza. Los estudios más especializados, que fueron muchos, no dieron ninguna pista. Desesperados fueron a hablar con la madre de Érbel. Le preguntaron la causa de la alegría del muchacho. Ella, también inocente como el niño que descubrió la falta de música, dijo que sí sabía porqué era así el joven. Textualmente comentó: es que lleva la música por dentro. Al día siguiente todos los periódicos del mundo en primera página y a ocho columnas anunciaron que Érbel tenía la música por dentro. Frente al hospital fue reuniéndose una enorme multitud, los periodistas de todo el mundo, que acudieron en tropel, calcularon que serían más de cien mil, otros llegaron a comentar que cerca de un millón habían invadido las calles cercanas. Todos gritaban que querían que saliera Érbel, querían ver a Érbel. ¡Érbel, Érbel, Érbel!, gritaban a todo pecho. Las autoridades del hospital y del ejército que se habían hecho cargo de joven no vieron inconveniente en que el joven se asomara y hasta que se acercara a la muchedumbre. Siempre es bueno que vean a una persona feliz, a ver si así se contaminan de ella, dijeron. Y bajaron a Érbel, lo colocaron sobre una plataforma para que lo pudieran ver mejor. La muchedumbre empezó a moverse. Un grupo subió a la plataforma, violentamente agarró a Érbel, lo arrastró y lo arrojó a la multitud. Los policías

apostados en el lugar no pudieron hacer nada. Con cuchillos, con navajas, con las uñas fueron destrozando el cuerpo de Érbel y los restos fueron arrojados a los basureros o al arrollo de la calle. Todos querían cortar. Muchos niños y algunas viejas murieron al ser aplastadas por la multitud que avanzaba con las tijeras, con los picos para cortar esa carne. Los heridos fueron más. Pero poco a poco los viejos, los jóvenes, los niños, las mujeres, los hombres, en lugar de estar tristes empezaron a sonreír, luego a reír para terminar por cantar y bailar. Habían logrado sacar la música que Erbel tenía adentro.

TOMÁS URTUSÁSTEGUI

ENERO 2006